SIGLO 10º.

LA CIVILIZACION DE LOS ARABES.

SUMARIO.

—

Los Normandos.—Su origen.—Sus incursiones en el Occidente.—Su establecimiento en tierras de Francia (912).—Carácter especial de la invasión normanda.

Francia.—Reyes *carlovingios* en el siglo 10º (898-987).—Tercera raza; Hugo Capeto (987-996).

El Islamismo en Oriente y Occidente.—Desmembramiento del califato de Bagdad (910-932).—El califato de Occidente en el siglo 10º.—La civilización de los árabes.

España.—El reino de León en el curso del siglo 10º.—Condes de Castilla; primeros tiempos de este nuevo estado.—Origen del idioma castellano.

Alemania.—Conrado de Franconia (911-918).—Casa de Sajonia; Enrique Iº el *Paiarero* (918-936).—Otón Iº el *Grande* (936-973).—Otón II (973-983).—Otón III (983-1002).

Italia.—Situación general de Italia en el siglo 10º.—Repúblicas marítimas; Venecia.

Rusia.—Wladimiro el *Santo* (980-1015).

Hungría.—Incursiones de los húngaros en el siglo 10º.—Esteban Iº (997).

Imperio de Oriente.—Monarcas bizantinos en el siglo 10º.

La Iglesia.—El papado en el siglo 10º.—El pontífice Silvestre II (999-1003). Juicio acerca del siglo 10º.—La aproximación del año 1000.

LOS NORMANDOS.

Su origen.—Los pueblos que devastaron en el siglo 8º y principios del 9º las costas de los países occidentales fueron llamados *normandos* (hombres del Norte) porque procedieron de la gran península escandinava é islas adyacentes. Ignórase—como acontece con todo lo relativo á los pueblos primitivos, si los normandos fueron invasores de *Escandinavia* y del *Quersoneso Cimbrico* (Dinamarca) en tiempos muy remotos, ó si eran los habitantes primeros de esas regiones.

Sus incursiones en el Occidente.—Los valientes é impetuosos normandos,

acosados quizás por el hambre que afligía con frecuencia á los moradores de las regiones septentrionales, comenzaron á revelarse con sus temibles incursiones desde el principio del siglo 8º. Unos, encaminándose al Oriente, fundaron el imperio ruso; otros, fueron el terror de las costas de Francia, de España y Alemania; más tarde, conquistaron Islandia, las Hébridas y las Orcadas; y por último, en el curso del siglo 11º, algunos de entre ellos arrancaban á los musulmanes el dominio del Sur de Italia y hacían temblar al mismo imperio bizantino.

Sus correrías en las costas de Francia y de España comenzaron en el siglo 8º. Arrostrando serenos la furia del mar en sus ligeras barcas forradas de cuero, y al compás de viriles cantos de guerra, aparecían en las playas y en las bocas de los ríos difundiendo siempre la desolación y el espanto. Los terribles piratas normandos atacaron todo el vasto litoral que se extiende desde la embocadura del Elba hasta la del Guadalquivir; en España incendiaron á Sevilla y fueron rechazados de Galicia por el esforzado Alfonso el *Grande;* en Francia remontaban el curso de los ríos, incendiando todo lo que hallaban á su paso, y ponían á rescate á París y otras ciudades importantes. Ya en la segunda mitad del siglo 8º fijaron su residencia junto á los ríos más á propósito para sus correrías, el Escalda, el Mosa, el Sena y el Loire; y en tiempo de Carlos el *Gordo* (886) pusieron cerco á París que sólo debió su salvación á la intrepidez del conde Eudo y del obispo Gozlín (véase *siglo* anterior).

Su establecimiento en tierras de Francia (912).—En los primeros años del siglo 10º, *Rollón ó Radholfo,* caudillo normando desterrado de Noruega por el rey Haroldo, desembarcó en las costas septentrionales de Francia y avanzó con los suyos hasta Ruan, dando á entender que su intención no era asolar, sino fijarse en el país que había ocupado. Carlos el *Simple,* monarca de Francia á la sazón (912), celebró con el normando un convenio por el cual le cedió la parte de la antigua Neustria que desde entonces se llamó *Normandía,* con la mano de su hija Gisela, si se convertía al cristianismo; y *Rollón,* puestas sus manos en las del rey, dijo: "De hoy en adelante soy vuestro fiel servidor y vuestro hombre, y "juro defenderos la vida y el honor." Sin embargo, cuando se le indicó que había de besar los piés al monarca en señal de homenaje: *No lo haré jamás,* exclamó el valiente y orgulloso normando, é hizo seña á uno de su séquito, el cual tomando el pié del rey como para acercárselo á los labios, lo levantó tan alto que Carlos cayó de espaldas, desatándose entonces las burlonas risas de los normandos.

Tal fué el principio del *ducado de Normandía,* gobernado hábilmente por *Rollón,* y que en el espacio de siglo y medio [912-1066] estuvo regido por siete

duques, á saber: Rollón, Guillermo *Larga-espada*, Ricardo I°, Ricardo II el *Bueno*, Ricardo III, Roberto el *Diablo* y Guillermo II el *Conquistador* que se apoderó de Inglaterra, fundando allí la dinastía normanda [1066].

Carácter especial de la invasión normanda.—Con el establecimiento de los piratas del Norte en Normandía detúvose el torrente que hacía un siglo desolaba Francia, y las diferentes colonias errantes de aquel pueblo se agregaron al nuevo estado y adoptaron la religión cristiana. Al estudiar en su conjunto las invasiones normandas se puede dividir en tres períodos la época en que se efectuaron: 1°, el de las incursiones propiamente dichas; 2°, el de las estaciones en las costas y en la desembocadura de los ríos; 3°, el de los establecimientos fijos, como el de Normandía, y más tarde, el de Sicilia y el Sur de la península italiana.

Las invasiones de los normandos y los húngaros fueron las últimas que procedentes del Norte y del Oriente se abatieron sobre los países del Oeste. Las emigraciones normandas difieren de las precedentes en que no era un pueblo en masa que cambiaba de patria, sino grupos de guerreros y audaces marinos sin mujeres, que se casaban con las de los países vencidos, las cuales transmitían á sus hijos su propio idioma. Esto explica suficientemente la pérdida de la lengua normanda en las comarcas donde se establecieron los temidos *hombres del Norte*.

FRANCIA.

Reyes carlovingios en el siglo 10°. (898-987).—La decadencia de la raza *carlovingia*, producida por una serie de monarcas incapaces y por el poder siempre creciente de los grandes vasallos, se hizo sentir en Francia durante casi todo el siglo 10°. Carlos el *Simple* (898-922) obligado á ceder á los normandos una considerable porción del dominio real, fué destituido por los grandes feudatarios que sentaron en el trono á Roberto, hijo de Eudo, el cual sólo reinó un año (923). Hugo el *Grande*, duque de Francia, bien pudo tomar para sí la corona, pero se la dió á su cuñado Raul ó Rodulfo de Borgoña (923-936), y á la muerte de éste la transmitió á Luis IV de *Ultramar* [936-954], hijo de Carlos el *Simple*. Lotario y Luis V, hijo y nieto respectivamente de Luis IV, reinaron uno en pos de otro desde 954 hasta 987.

Hugo Capeto, hijo y heredero de Hugo el *Grande* en el ducado de Francia, era el más poderoso de los feudales y por largos años

se redujo á ser el temible vasallo de Lotario y de Luis V. Muerto éste último sin sucesores (987), Hugo-Capeto se sentó en el trono de Francia. La dinastía de los *carlovingios*, ó sea la segunda raza de reyes se extinguió, pues, con Luis V después de una duración de *doscientos treinta y cinco años*, á contar desde el de 752, en que Pepino el *Breve* se hizo proclamar rey de los francos (veáse *siglo* 8°).

Tercera raza; Hugo Capeto (987-996).—La dinastía inaugurada por este soberano, aparte de dar principio á la tercera raza de los reyes de Francia que ha continuado hasta la época moderna, cambió el órden del gobierno y el fundamento de la dominación, pues puede decirse que desde entonces cesó la soberanía personal de los francos conquistadores respecto de los galos conquistados, para dar lugar á una monarquía nacional, cuya unidad tuvo por base la identidad del pueblo francés. Arranca de esa época la marcha de la monarquía francesa, independiente de la influencia alemana que tanto pesó en tiempo de los últimos reyes *carlovingios*, y cuyos jefes, débiles ó fuertes, virtuosos ó perversos, seguirán el constante sistema de humillar á los señores feudales y erigirse en reyes absolutos.

Hugo Capeto se ganó el favor del clero en cambio de exenciones y privilegios, y llamó á su consejo á los grandes funcionarios eclesiásticos á fin de contrapesar la influencia de los barones; hizo que se consagrase en Reims á su hijo y sucesor Roberto afirmando así con la sanción religiosa la dinastía que acababa de fundar; y elevado al trono por los barones, supo también valerse de ellos para dar algún lustre á la despojada corona de Francia.

El dominio real, en tiempo de Hugo-Capeto, se reducía á la no muy vasta región llamada *Isla de Francia* con París por capital. El resto de la nación estaba dividido en grandes señoríos: los ducados de *Borgoña*, de *Normandía* y de *Aquitania*; y los condados de *Tolosa*, de *Flandes*, de *Vermandois* y de *Troyes*, el cual tomó luego el nombre de *Champaña*. El *Bearn* pertenecía á España; el *Franco-Condado*, *Lorena* y *Alsacia* formaban parte del reino *lotaringio*; *Bretaña* era considerada como país extranjero; y *Provenza* y el *Delfinado* formaban el reino de *Arles*, donde subsistía la raza *carlovingia*.

Todos los grandes señoríos eran Estados dentro del Estado de Francia, con gobiernos hereditarios, con leyes propias y cada uno de los cuales pudiera tener una historia particular. La autoridad se encontraba dividida, desde el rey que ejercía la soberanía sobre los grandes vasallos, hasta el simple castellano dueño de un pequeño número de siervos.

EL ISLAMISMO EN ORIENTE Y OCCIDENTE.

Desmenbramiento del califato de Bagdad (910-932).—En medio de la opulencia desplegada por los califas de Bagdad corría velozmente á su ruina el estado político establecido trescientos años atrás por Mahoma y sus inmediatos sucesores.

Al principar el siglo 10°. los degenerados descendientes de Harún se rodearon de tropas *turcas* que allá en Oriente ejercieron la misma influencia que la de los pretorianos sobre la Roma imperial. Moktadir, débil califa, erigió un alto funcionario con el título de *Emir al omará* [Emir de los emires) que equivalía á generalísimo, y en 935 otro califa, Al-Rhadi, se vió obligado á confiar á su *Emir-al-omará* el ejercicio de la autoridad civil, reservándose tan sólo la parte espiritual del vicariato del Profeta. Así acabó con ignominia el poder político de los califas de Bagdad.

Ya desde los albores del mismo siglo 10°., Obeidallah, que se jactaba de noble descendiente de Fátima, hija de Mahoma, había fundado en Africa la dinastía de los *Fatimitas*, con su sede en Keirowan. Uno de sus sucesores, El Moiz, conquistó Egipto y puso su asiento en el Cairo (972), y al terminar el siglo extendíase el nuevo califato desde la antigua Mauritania, al Oeste, hasta Siria y el Norte de Arabia por el rumbo oriental.

En Persia, los hijos de Boviah conquistaron los países de Irak y el Fars y establecieron allí otro estado independiente [932]. No satisfechos con esto los *Bovidas*, hicieron hereditario en su familia el alto cargo de *Emir-al-omará*, y de este modo quedaron á su arbitrio el gobierno y los menguados califas de Bagdad.

Finalmente, el príncipe turco Mahmud, de simple gobernador de Gazna, tornóse en fundador de la dinastía de los *Gaznavidas* que comprendió en sus dominios casi toda la Persia y una vasta

región confinante con la India (997). En tiempo de Mahmud floreció en Persia el eminente poeta *Firdusi*, cuyo verdadedo nombre fué Abul-Kasim-Mansur (940 1020), autor del admirable poema intitulado *Libro de los Reyes*, que es un noble, artístico y elevado compendio de la historia persa desde los tiempos más remotos hasta la época de la invasión musulmana. También vivió en esa época el persa *Avicena* (Abu-Idn-Sina) que escribió el gran *Canon* ó repertorio de anatomía, fisiología, higiene, química, medicina propia y farmacia que fué la suprema autoridad médica en el resto de la Edad media.

Resumiendo, puede decirse que al espirar el siglo 10°, el antiguo califato de Oriente había perdido desde Mauritania hasta Siria, donde dominaban los *Fatimitas;* la Persia, que volvía á su antigua independencia, y los vastos territorios de Irak y el Fars.

El califato de Occidente en el siglo 10.°—El imperio muslímico de España pasó de las manos de Abdallah á las de su nieto Abderrahman III (912—961), primer soberano de Córdoba que tomó el título de *califa*, recibiendo de sus súbditos el de *Emir-Almumenin* (príncipe de los fieles). Fué este Abderrahman el más brillante de los reyes *ommiadas*, y desplegó durante su largo reinado de cincuenta años una magnificencia tal, que eclipsó á la de todos los soberanos de su época. Protector decidido de las letras y de los sabios, las ciencias y las artes tomaron bajo su influjo un desarrollo maravilloso, y las escuelas de Córdoba, donde se cultivaba la historia, la geografía, la medicina, las matemáticas, la gramática, la música, la poesía y la arquitectura, fueron entonces los centros de saber á que acudían los musulmanes y los cristianos. En medio de las tinieblas con que la ignorancia cubría en esa edad á los demás pueblos de Europa, el reinado del tercer Abderrahman aparece como un período luminoso y deslumbrador, por mucho que hayan exagerado los cronistas sus contemporáneos. Magnánimo le llamaron los de su tiempo, tanto cristianos como muslimes, y en efecto, fué en general noble y generoso, sin que falten en su vida rasgos de aquella crueldad propia de la época y de su raza. Como guerrero sometió á los rebeldes gobernadores de Zaragoza y de

Toledo, y combatió contra los cristianos con éxito vario, siendo derrotado terriblemente en Simancas (939) por los reyes de León y de Navarra. Un escritor árabe cuenta que antes de morir, Abderrahman decía melancólicamente al poeta Suleimán: "He reinado "cincuenta años, y mi reino ha sido siempre pacífico ó victorioso. "He sido amado, respetado y temido; y he gozado de poder, rique- "zas, honores y placeres. Pero he contado los días que gusté de "una felicidad sin amargura, y sólo he hallado catorce en mi lar- "ga existencia."

Su hijo y sucesor Alhakem II (961—976) fué tanto ó más que él ardiente protector de las letras, y aunque al principio de su reinado alcanzó brillantes victorias contra los monarcas de León y de Navarra, se apresuró á ajustar treguas con ambos á fin de consagrarse al gobierno tranquilo de sus súbditos. Hixem II [976—1006) fué indigno, por su incapacidad, de su padre y de su abuelo; el reinado de este califa, víctima quizás de su misma madre y del visir *Al Mansur*, habría sido uno de los menos notables si no le hubiese dado sangriento y terrible realce ese primer ministro Almanzor, sagaz y ambicioso hombre de Estado y el más conspícuo capitán entre los musulmanes de España. El *victorioso* (Al-Mansur), como le llamaron los suyos, se propuso acabar con los estados cristianos de la península, y durante veinte años hizo cincuenta y seis campañas contra León, Navarra, Castilla y Barcelona. Destruyó por completo la ciudad de León, capital del primero de esos estados; tomó á Compostela, Pamplona y Barcelona; llegó con sus armas triunfantes hasta el extremo de Galicia, y su nombre fué nuncio de destrucción y victoria. Ligados al fin los reyes cristianos contra el enemigo común, lograron vencerle en la famosa batalla de Calatañazor (1002) en la cual fué herido de muerte. Dícese que los restos mortales de Almanzor se cubrieron en Medinaceli, donde fué sepultado, con el polvo que habían recogido sus vestidos en las batallas y que él guardaba en una caja hecha al efecto.

La civilización de los Arabes.—La aversión que mostraron á las ciencias y las letras los triunfantes sucesores del Profeta en el curso del siglo 7° no fué imitada por los califas *abasidas* ni por los de la dinastía *ommiada* que ocuparon

el trono de Córdoba. Precisamente cuando el califato oriental entró en la senda de su irremediable decadencia, mayor fué la protección que impartió al saber, y los monarcas de la casa de Abbas restablecieron la armonía entre el mundo físico y el intelectual, llamando en su auxilio á todas las ciencias, especialmente á las naturales.

La botánica, la química, la astronomía, las matemáticas y la medicina fueron las ciencias que más cultivaron los árabes. Grandes bibliotecas se reunieron en la capital (Bagdad), en Fez y otras ciudades, y las escuelas fundadas en la misma Bagdad, Bassora, el Cairo, Alejandría y Cufa pronto se convirtieron en grandes y fecundos centros de ilustración. El mérito de la civilización arábiga consistió más bien en conservar y difundir que en inventar, y por eso vemos á sus médicos más celebres ocupados desde luego en traducir toda clase de libros; Al-Manghé, Geber, el persa Avicena de quien ya hemos hablado, y Averroes más tarde, en el curso del siglo 12°, se distinguieron entre los médicos más célebres y los más notables filósofos. Confinando las conquistas de los árabes con la India misteriosa y antiquísima, de ella tomaron esos signos numéricos llamados *arábigos* por la civilización agradecida, en honor de sus difundidores; en la misma fuente hallaron el *álgebra* y la solución de muchos problemas geométricos que la antigüedad dejó en pié; de la apartada China tomaron quizás la brújula, y en sus observatorios de Oriente y Occidente usaron de los cuadrantes solares, de los astrolabios, de las clepsidras y de los relojes; corrigieron los errores de Tolomeo, fijaron muchas leyes astronómicas, y en 471 de la *Hégira* arreglaron el año (*almanaque*) con admirable precisión.

Su creencia en el fatalismo, su ciega veneración á los reyes, y su pasión por lo maravilloso y estupendo impiden que la historia escrita por los árabes, y en general por los orientales, sea digna de su elevada y noble misión. En cambio, su poesía, aunque oprimida por rígidas formas, refleja vivaz la brillante imaginación de aquel pueblo y todos sus poetas fueron por él admirados igualmente, aunque su mérito respectivo señale entre ellos sensibles y profundas diferencias.

Los *ommiadas* de Córdoba compitieron con los *abasidas* del califato Oriental en el empeño de proteger las ciencias y las letras: la corte de los emires de la España musulmana fué el centro de la poesía arábiga, y en la primera mitad del siglo 10° pudieron coleccionarse antologías voluminosas, como la de Ibn-Faradsch, que contenía 20,000 versos dobles, exclusivamente con producciones de poetas árabes de la península. La época de Abderrahman III y la de su ilustre hijo Alhakem II son las del más vivo esplendor de la cultura musulmana en el Occidente: veintisiete escuelas fundó ese último soberano en Córdoba, y con ra-

zón dice Dozy en su *Historia del Islamismo* que en la España mahometana "casi todo el mundo sabía leer y escribir, mientras en la Europa cristiana "hasta las personas más elevadas, sino pertenecían al clero, no tenían ni "siquiera una idea de este arte." La universidad de aquella capital gozaba de fama y grandísimo renombre en los países mahometanos y cristianos; millares de estudiantes concurrían á sus aulas, y los ópimos frutos del celo inteligente de Alhakem en favor de la instrucción y de las ciencias aprovecharon luego á la humanidad entera. La historia fué cultivada también y su estudio protegido por los califas *ommiadas*, pero esta protección obligó á los historiadores á ser panegiristas de la dinastía, y más aún del príncipe reinante, como sucedió en el Oriente bajo el gobierno de los *abasidas*.

Humilde en sus principios la arquitectura árabe, alcanzó con el tiempo orden, regularidad y belleza, ostentando una variada opulencia que brillaba en los más pequeños detalles, sin buscar grandes efectos en las líneas extensas y severas. Los *ommiadas* de España mostraron siempre grande afición á edificar, y el mismo Abderrahman 1º decía en unos versos suyos: "El monarca que anhela "renombre ha de edificar monumentos que después de su muerte proclamen la "grandeza de su reinado. Ya ves, erguidas se conservan las pirámides, y ¡cuán-"tos reyes han dejado este mundo! Las vastas construcciones, sólidamente ci-"mentadas, anuncian ideas grandes en sus fundadores." Del arte arquitectónico hispano-árabe quedan tan sólo en pié la mezquita de Córdoba y los palacios de Granada; y ese arte, al mezclarse más tarde con el severo germánico, produjo esa grandiosa arquitectura impropiamente llamada *gótica* que dominó en el resto de la Edad media.

Por último, la agricultura, la navegación y la industria recibieron poderoso impulso de los árabes; y sus tapices y bordados de oro y de plata, así como sus tejidos de seda y artefactos de acero y de cuero no fueron superados por mucho tiempo en las otras naciones del mundo occidental.

ESPAÑA.

El reino de León en el curso del siglo 10.º—García [910-914], hijo y sucesor del monarca de Asturias Alfonso III el *Grande*, fué el primero que tomó el título de rey de León por haber establecido la capital de sus estados en la ciudad de ese nombre, situada al Sur de los montes de Asturias. Su hermano Ordoño II (914-924) destrozó en San Esteban de Gormaz á un ejército musul-

mán acaudillado por el mismo Abderrahman III, califa de Córdoba; pero años después, aquel rey de León y el de Navarra fueron desbaratados por los moros en la cruenta batalla de Val-de-Junquera [921].

Don Ramiro II [930-950] ganó á los musulmanes las batallas de Ocaña y Talavera, así como la famosa de Simancas, la mayor que se había empeñado entre cristianos y sectarios de Mahoma desde el desastre del Guadalete. Y durante la menoridad de Don Alfonso V, los ejércitos unidos de León, Castilla y Navarra vencieron en Calatañazor (1002) al terrible Almanzor que estuvo á punto de someter nuevamente toda la península ibérica al dominio del islamismo.

Condes de Castilla; primeros tiempos de este nuevo estado. La importante comarca española situada entre los reinos de León y de Navarra recibió el nombre de Castilla por los muchos castillos levantados para defenderla; y dependiente del primero de aquellos, fué gobernada por condes desde los tiempos inmediatamente posteriores á Pelayo. Creen algunos historiadores que á principios del siglo 10.º Castilla estuvo gobernada por jueces, contándose entre los primeros Lain Calvo y Nuño Núñez Rasura, y que poco después volvió Castilla á tener condes, figurando entre éstos como más importante el famoso Fernán-González.

A mediados del siglo 10º ese ilustre guerrero aparece emancipado de los reyes de León, y con él comienza la serie de los condes soberanos de Castilla. Ya dijimos antes que las armas de Castilla, unidas con las de León y Navarra, detuvieron en su carrera victoriosa al celebérrimo Almanzor.

Origen del idioma castellano.—La invasión de los musulmanes influyó eficazmente en la formación de un idioma de que había de resultar, andando el tiempo, la rica, elegante y sonora lengua castellana. "Al latín, raíz principal y "elemento dominante siempre, se agregarían voces célticas, éuskaras, fenicias, "púnicas, griegas y hebreas, que alterando su sintaxis, y modificándole en sus "casos, desinencias é inflexiones, dieran nacimiento á la lengua mixta, que per-"feccionada y enriquecida había de ser la que después hablaran los españoles. "Siguiéronse luego las guerras con los árabes, las continuas y recíprocas irrup-"ciones, las conquistas y reconquistas, las treguas y alianzas. Todas estas rela-